

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



PEDRO NAVARRO,

INGENIERO Y GENERAL FAMOSO DEL SIGLO XV Y XVI.

EL solo nombre de Pedro Navarro, si nuestra nacion careciera de otros, con que poderse envanecer, seria bastante grandioso para perpetuar sus glorias, y contestar cumplidamente á sus émulos, tan avezados á la censura apasionada de nuestros grandes héroes. Con su nombre recordamos la Italia subyugada por nuestros guerreros, divisamos la costa de Africa sujeta al poder de Carlos I, desvandados los

corsarios por el Mediterráneo, demandando compasion y satisfaciendo párias á los mismos á los que antes insultaban y sometian á la mas dura esclavitud asolando las playas de su reino. Solo en las grandes épocas es cuando se ultiman y concluyen los grandes proyectos, cuando por otra parte los dirigen hombres extraordinarios, y por eso vemos convertida á España de ofendida en ofensora, en el momento que tiene

al frente de su gobierno al activo y emprendedor cardenal Cisneros, que constante en un plan de política uniforme, fijo en un pensamiento culminante, sabe dar cima á la idea conservadora de reprimir la piratería, y extender la dominación y la conquista por la vecina África, con tan valeroso esfuerzo, como honrado desinterés. Por eso en aquella época, en la que poseíamos política propia, como la Inglaterra la tiene y ha tenido desde Cromwel; dirigimos nuestras miradas de guerra y de conquista á el continente vecino, que inesplotado todavía como lo está aun ahora, abría un ancho camino á nuestro comercio y riqueza, y un brillante horizonte á nuestros planes de dominación. Por desgracia nuestra, se olvidó despues este proyecto de política exterior, y aun esta idea de conservación propia, y como no han abundado mucho los Cisneros entre nosotros, se ha perdido casi completamente este pensamiento, entregándonos á un sistema errante é indeterminado, que arguye elocuentemente en nuestra contra, convenciendo á cada paso de la vacilacion de los pilotos que sucesivamente han tomado el mando de la nave política, sin acertar á darle un rumbo marcado.

A mediados del siglo XV, segun el mayor número de los historiadores, nació Pedro Navarro, famoso capitán que tanto renombre habia de conseguir despues. Grandes dudas hay sobre el lugar de su nacimiento, pues unos le tienen por guipuzcoano, otros por vizcaíno, y otros por natural del Valle del Roncal, y descendiente de padres nobles, cuya opinion es mas seguida generalmente, ya por deducción de su mismo apellido, ya tambien por algunos otros indicios que la corroboran (1). Su primera ocupacion fué la de marino en los mares de Vizcaya segun afirma Mariana, de donde pasó á Italia al servicio del cardenal Juan de Aragon, y despues al de Gonzalo de Córdoba, al que ayudó en la conquista de la isla de Cefalonia que rindió con su notable heroísmo. Antes de este último suceso, se alistó en las banderas del general Florentin Pedro Montano, el que le confió el mando de algunos tercios escogidos, con los que operó diestramente al frente de sus enemigos, que al fin hubieron de entregarle la plaza de Sarzana, que rindió en pocos dias con extraordinario arrojo. Si desde muy temprano, se dió en esta guerra á conocer como denodado capitán en el continente, mostró al mismo tiempo que no le eran extraños los conocimientos náuticos, en los que habia hecho su aprendizaje, desempeñando algunas comisiones que se le confiaron para reprimir á los moros que constantemente asolaban los mares de Sicilia y Génova. Bajo el mando de el Gran Capitán, defendió Navarro la fortaleza de Casanova, sitiada por el duque de Nemours, la que en último recurso tuvo que entregar, si bien mediando una honrosa capitulación, por la que consiguió salir triunfante de la plaza. Ya por esta época este digno compañero de Gonzalo de Córdoba, era famoso, por la innovacion que habia introducido en el ataque de los puntos fortificados, empleando la voladura de las minas, como medio segu-

(1) Los autores que hemos tenido presentes para apoyar y escribir esta biografía, son Sandoval, Historia de Carlos V; Alvar Gomez de Castro, De Rebus Gestis, historia del cardenal Cisneros; Quintanilla y Antonio de Aranda, Historia del mismo prelado, y varios documentos pertenecientes á la conquista de Italia y de Orán.

ro y asombroso de conseguir la rendición en cortos instantes, cuyos ardidés le atraían un gran respeto mezclado con no menos asombro. Corrían las noticias de sus grandes hechos de armas de un estrecho á otro de la Italia, oyéndose con sorpresa el terror que difundían sus voladuras, aunque en realidad no fuese ya un ardid desconocido, si bien es cierto, no habia sido tan ventajosamente aplicado. Su sorprendente actividad, decidía tambien en pocos dias campañas, para las que se hubieran acaso empleado años enteros; á aquella se debió la derrota de las armas francesas en Canosa, preparada por una diestra emboscada.

Estas brillantes acciones habian allanado la entrada en Nápoles á los españoles, pero era aun preciso desalojar á los franceses, de los fuertes que la dominaban, y Navarro tuvo la comision de rendirlos. La torre de San Vicente no pudo resistir á los ataques de este general, y hubo de entregarse; y entonces se procedió á el ataque de Castilnuovo, cuya adquisicion es una de las páginas militares mas sublimes de este hombre extraordinario (1). Batido el fuerte por todos los costados al mismo tiempo que Navarro lo minaba, fué invadido por los españoles inmediatamente que se practicó la brecha en el muro, consiguiendo arrollar á los sitiados, que se entregaron al fin á discrecion, contándose entre los prisioneros el conde de Montorio. La otra fortaleza, denominada Castel d' il Ovo, mucho mas fuerte é inaccesible, sufrió la misma suerte, viéndose repentinamente volada, y entregándose doce hombres que fueron los únicos que se salvaron de la esplosion. Navarro con estos hechos de armas, en medio de la consternacion de los franceses, ocupó completamente á Nápoles, que al poco tiempo recibió en su seno al Gran Capitán y á Próspero Colonna, que acababan de derrotar las desvandadas huestes contrarias, no sin haber antes ayudado Navarro á Gonzalo de Córdoba en el sitio de Gaeta, apoderándose de Monte Casino, y libertando á Rocamora.

A el recibimiento en la corte de España, de la brillante conquista de Italia, surgió en el ánimo de Fernando el Católico la desconfianza de que el Gran Capitán se ciñera la corona de Nápoles cuyo proyecto le achacaban sus enemigos. Gonzalo de Córdoba para justificarse de estas acusaciones, mandó á Navarro presentarse en España, con el fin de desvanecer estas dudas, y manifestar á los reyes la profunda adhesion de su general. Pedro Navarro fué acogido en la corte con las muestras mas espresivas de deferencia: se le concedió el título de Conde de Oliveto ó Alvetto mostrando el Rey Fernando deseos de que volviera á Italia en cuya conquista habia tenido tanta parte, para reemplazar á Gonzalo de Córdoba á quien la corte persistia en mirar con recelo, á lo que aseguran que contribuyó mucho el hombre de que nos ocupamos, no correspondiendo á la verdad á la confianza en el mensaje de que su jefe lo habia encargado. Mal avenido por consiguiente con el género de vida que llevaba en la corte pidió al Rey el permiso de ir á Cataluña con objeto de incorporarse al ejército que operaba contra los france-

(1) El cuerpo de ingenieros en una biografía que ha publicado en un Estado ha consignado las mas diestras maniobras de este general entendido en la toma de esta fortaleza.

ses; y justo es consignar aquí que á su pericia se debieron varios triunfos y sobre todo la construcción del castillo de Saloas. En 1506 se embarcó en Barcelona con Fernando el Católico para Nápoles en cuyo punto permaneció poco tiempo con aquel que volvió á España por causa del fallecimiento de Felipe el Hermoso, viniendo en calidad de capitán general de la flota que acompañaba á dicho Rey.

Había llegado á la corte por aquella época el veneciano Micer Gerónimo Vianelo rico mercader que había recorrido á Orán, Mazarquivir y otros puertos de Africa y que con este motivo había tenido ocasión de ver los innumerables cautivos españoles que había en aquellas fortalezas. Presentado á la Reina Isabel y al cardenal Cisneros con el objeto de venderles algunos de los efectos como joyas y caballos que de aquel país traía, fué interrogado por el cardenal sobre el estado de dichos pueblos á todo lo que respondió Vianelo «que creía fácil la conquista de estos puntos por el estado de indisciplina de sus naturales.» Quintanilla afirma que Cisneros pidió al Rey el permiso de levantar una escuadra para conquistar estos países á lo que se negó abiertamente. Cisneros en su consecuencia con aquella gran piedad que le caracterizaba, y con aquel genio superior, solo propio de hombres eminentes, se obligó á hacer la conquista por sí y con su propio peculio contando para ello con las enormes rentas de su mitra. El 13 de mayo de 1509 se embarcó el ejército en el puerto de Cartajena yendo como gefes principales Vianelo y Pedro Navarro acompañados de D. Rodrigo de Moscoso conde de Altamira que comandaba los tercios de Galicia, de D. Alonso de Granada y Pedro Arias de Avila que dirigían asimismo la gente de Granada y de Toledo. Difícil nos será seguir á Navarro en los innumerables triunfos que alcanzó en Africa; baste decir que despues de haber llegado el 18 á Mazarquivir la flota, y despues de haberlo dado á conocer el cardenal como gefe del ejército, dividió sus tropas y las dispuso al combate de tal modo que bien pronto fué atacada y tomada la plaza despues de una horrorosa carnicería. Siguiéron á esta importantes adquisiciones las de Oran, Bugia, Trípoli, y en general todo el territorio de la costa de Africa á ella sujeto. El conde de Oliveto consumió en esta famosa campaña el gran concepto que había la Europa formado de él, como esforzado militar y diestro y experimentado ingeniero. Muchos militares procuran estudiar en estas conquistas el plan estratégico y decidido del general que las llevó á cabo y las asombrosas voladuras, asaltos y refriegas con que logró hacerse famoso. Por desgracia ciertas desavenencias ocurridas entre Navarro y el cardenal vinieron á destituirlo del mando del ejército; y encargado de someter á los piratas de la isla de Gelves se dirigió con una flota hácia aquel sitio, pero habiendo sido sustituido por D. García de Toledo en el mando de él quedó sujeto á sus órdenes. El éxito de esta expedición fué lamentable, debido sin duda á la inespencia del nuevo gefe que se negó á escuchar las observaciones del conde de Oliveto. Desembarcada la tropa sin haberlo hecho con anticipación de agua y provisiones, los soldados fueron acuchillados por los moros que los acechaban en aquellos arenales en que fatigados por la sed se arrojaron á beber, sacando agua de los pozos. Despues de este suceso fué nombrado

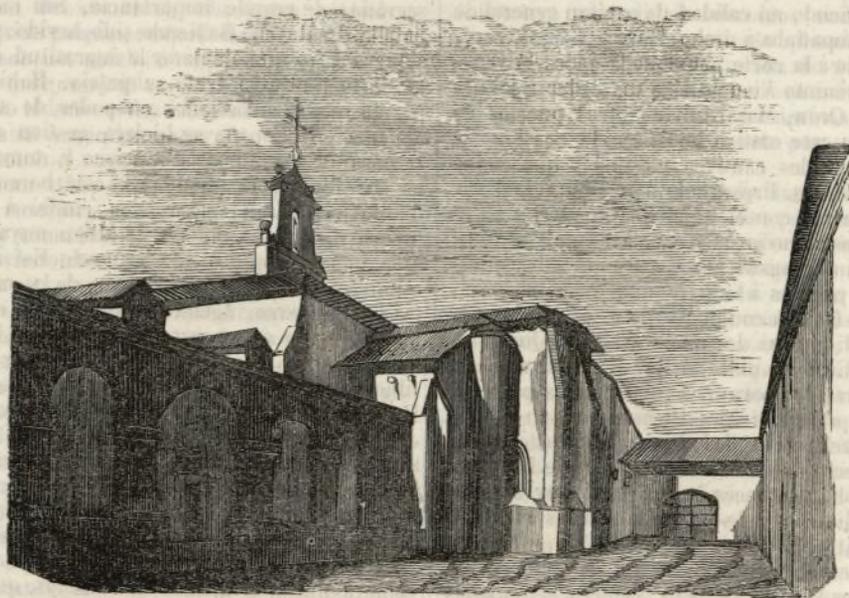
Capitan General de la infanteria española que debía operar en Italia bajo las órdenes de Cardona: se le confió el sitio de Genivolo cuya plaza fué tomada y pasada su guarnición á cuchillo. Todavía en esta campaña logró hacer grandes servicios á su patria apoderándose del fuerte de Bustida y haciendo otros servicios de grande importancia. Sin embargo en la batalla de Ravena habiendo sido herido y hecho prisionero tuvo que deplorar la ingratitud con que hasta cierto punto lo trató su patria. Habiendo permanecido mas de dos años en poder de sus enemigos sin que por España se hiciera gestión de rescatarlo se pasó al ejército de Francisco I, tomando partido en sus filas y manchando con este borron su brillante historia. Grandes servicios rindió á Francisco I, principalmente en el cerco de Milan cuya plaza defendida por el duque Maximiliano de Esforchia hubo de rendirse á causa de los estragos de las minas dispuestas por Navarro. Iguales servicios hizo en Bresa, mas habiendo ido á socorrer á Génova fué hecho prisionero por el marqués de Pescara que lo condujo á Castilnovo de donde salió para ser cangreado por Don Hugo de Moncada. Habiendo vuelto á caer en poder de los españoles lo volvieron á Castilnovo donde murió el año de 1528 segun unos sofocado entre colchones por orden de Carlos V, y segun otros de muerte natural. Su cuerpo fué enterrado en Santa Maria la Nueva de Nápoles, por disposición de Gonzalo Fernandez principe de Sesa, siendo bien amargo para nuestros gloriosos recuerdos, que España con su deplorable ingratitud y abandono, dejara estraviar á uno de sus mas brillantes hijos, por una apatía que nunca puede ser excusable.

Pedro Navarro, no morirá sin embargo nunca en la memoria de sus paisanos. Ellos no podrán olvidar jamás que fué el primer guerrero que regularizó el ataque de las plazas, el primero que empleó la pólvora en las minas, y el primero que creó el arte que despues habia de perfeccionar Vauban. No es bastante para nosotros que se le tache de ambicioso y soez, no lo es tampoco que se le vitupere de traidor; esta nacion entonces ha tenido muchos hijos parecidos á Navarro, si traicion puede llamarse el que los hombres de mérito que se ven despreciados por sus hermanos, se alistan en otra sociedad que los comprende y aprecia mas, la traicion es muy frecuente y está casi legitimada. Nunca á pesar de todo, este hecho puede hacer olvidar al vencedor de Canosa Tarento, Castilnuovo y Castel d' il Ovo, y al conquistador de Mazarquivir, Oran, Trípoli y Bugia.

EUGENIO GARCIA DE GREGORIO.



ESPAÑA PINTORESCA.



SANTA CLARA DE BURGOS.

Suntuosos y elegantes monumentos posee la antigua cabeza de Castilla, la muy noble y muy mas leal ciudad de Burgos, cámara régia, madre de Reyes y recuperadora de reinos. Su catedral que goza de un renombre europeo; sus monasterios de Santa Maria la Real de Huelgas (prope, extramuros, y nullius diocesis), San Juan, San Pablo y la Merced, y sus parroquias de San Gil, San Lesmes, San Nicolás y San Esteban, son hermosos dechados del maravilloso arte de la *edad media*, elevado á su mas alto grado de lujo y elegancia en los siglos XIII, XIV y XV, periodo del estilo de arquitectura conocido bajo la denominacion de *ojival* y mas comunmente con el impropio nombre de *gótico*. No son estos en Burgos los unicos edificios notables por su magnificencia; otros varios de diferentes tiempos atraen con razon las miradas de los curiosos. Mas al par de tan soberbias construcciones se alzan modestamente otras, que no deben llamar menos la atencion de los que se dedican á los estudios históricos, ya se atienda á las personas que los fundaron ó á las épocas en que se erigieron, ya por asociarse á ellos algun notable recuerdo, ya finalmente porque en los ejemplares sencillos suele á veces estudiarse, mas á fondo que en los otros, la deleitosa historia de las bellas artes.

Uno de estos tan humilde en su estructura como en su institucion religiosa, es por algunas de tales razones asunto del presente artículo; á saber: el conven-

to de Santa Clara, primero que en España hubo de monjas clarisas, y curioso, arqueológicamente considerado, no seguramente por su belleza, sino por ser una muestra pura del mas sencillo y primitivo estilo de arquitectura ojival.

San Francisco de Asis habia venido á España y fundado en Burgos un convento de su orden, por los años de 1213 en una ermita dedicada á San Miguel en la parte superior del cerro que aun conserva este nombre. Vuelto á Italia el Seráfico Padre, envió á nuestra Peninsula misiones formadas con sus compañeros y primitivos religiosos, que trajeron la noticia de haber establecido Santa Clara un instituto de monjas como á competencia de San Francisco. Unas señoras burgalesas, inflamadas de religioso fervor, adquirieron una iglesia, antigua parroquia de Santa Maria ó Santa Marina (que de uno y otro modo se la llama en varios documentos), y en 1218 la convirtieron en convento dentro del cual se encerraron, «gobernándose en el espíritu segun la instruccion y direccion de los padres del convento de San Miguel, y á imitacion de la seráfica madre Santa Clara, viviendo aun la Santa, y antes de estar confirmada su regla.» De esta suerte vivieron algunos años, denominándose *Dueñas inclusas* ó *Señoras encerradas*, que entonces era nombre especial, á causa de no haber otro ejemplar de rigurosa clausura mas que el de Santa Clara.

Cuatro de estas señoras marcharon en comision á

Roma á impetrar una bula del Papa Gregorio IX, y visitar á la Santa para pedirla instrucciones acerca de su instituto, ejercicios y ceremonias. Movidó el Santo Padre por sus súplicas y piedad, favoreció á su fundacion espidiendo una bula cuya traduccion es asi:—
«GREGORIO OBISPO SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.—AL CONVENTO DE SORORES INCLUSAS DE BURGOS, DEL ORDEN DE SAN DAMIAN.—*Aquel dulcísimo espíritu de verdad, que procediendo del Padre y del Hijo, llena el orbe de las tierras con la amplitud de su caridad, inflamó misericordiosamente vuestros corazones, para que saludablemente renunciando al mundo, y á las cosas que en él hay, recogiendoos en las reales fortalezas del claustro, uniéndoos á vuestro esposo con incorrupto amor, corrais á la fragancia de sus unguentos, hasta que os induzca en el tesoro de su madre, para recrearos perpetuamente con la dulzura de su amor: por lo cual vuestras palabras que ya casi conversan en los cielos, piden que concedamos benévolo asenso á vuestros ruegos. Como pues, de vuestra parte nos fué humildemente suplicado, que, dándoos una regla, segun la cual debais vivir, hagamos se os provea de persona idónea en abadesa, á la cual como á cabeza, con ánimo rendido obedezcais. Nos, inclinados á vuestros ruegos por las amadas hijas en Cristo, Maria Suenz, Maria Minguez, Juliana y Todda, sorores vuestras, remitiéndoos con nuestra bula la misma regla; á nuestro venerable hermano el obispo de Burgos, rogamos y amonestamos en el Señor por vuestras letras, dándole comision, para que por reverencia divina y de la Sede Apostólica y nuestra, mirando á vosotras con entrañas piadosas os favorezca con beneficios, os defienda amparándoos y os haga proveer de persona idónea por eleccion canónica, concediendo ademas de esto el velo de la consagracion ó conversion á la abadesa, y á aquellas que le quisieren recibir, como viere que conviene, dentro de vuestro claustro; de tal manera, que por esto para con Dios y los hombres, adquiera para si buena fama y Nos podamos dignamente alabar su devocion. Ademas de esto, como estais obligadas á amar sobre todas las cosas á vuestro esposo, que ama á los que le aman, y los hace sus coherederos, de tal manera cuideis con todos los afectos de gozaros en el solamente, que nada os pueda apartar de su amor jamás, pidiendo á Dios rendidamente, con lágrimas derramadas, y con todos los entrañables afectos del alma, que el que comenzó en vosotras, perfeccione la buena obra. Dado en Letran, en los idus de abril, año octavo.»*

Hay cronista que supone vencer en antigüedad al convento burgalés, el de Santa Catalina de Zaragoza, cuya bula de fundacion fué dada por el mismo Pontífice que acabamos de mencionar; pero podemos declarar de todo punto inexacto su aserto, no solo porque la bula otorgada al de Burgos es de fecha anterior (como que se espidió el 15 de abril de 1234, y la otra es en reate dos meses despues, es decir, á 7 de junio del mismo año), sino tambien porque esta no se dirige á convento alguno, ni espresa su orden, siendo así que aquella ejecutándolo, como se ha visto con las palabras terminantes que dicen: *«Al convento de Sorores inclusas de Burgos del orden de San Damian»*, manifiesta estar ya formado este convento, y observar la orden que, á la sazón, era la seguida por la seráfica Santa. Ambas bulas pueden verse en el analista Waddingo en el Regesto Pontificio, año citado de 1234.

Notarase que la bula arriba trasladada, así como tambien la comision en ella contenida no se dirigen á los religiosos menores, sino al obispo de Burgos. Esto se debe á que los religiosos tuvieron solamente su gobierno directivo y no el autoritativo hasta que en el año de 1247 el Papa Inocencio IV entregó y sujetó á la obediencia de los ministros de la religion de los menores, á todas las monjas damianistas ó clarisas.

D. Juan de Salamanca y Polanco, regidor de Burgos, fué uno de los mayores bienhechores de este convento, gastando en reedificarle, desde el año de 1525 hasta el de 1545, treinta mil coronas de oro.

En el año de 1585 la señora Doña Luisa de Salamanca, vecina de la misma ciudad y viuda de D. Juan Fernandez de Castro, compró y dotó el patronato de la capilla mayor, de las dos colaterales y de la sacristía; y en su testamento otorgado en 2 de noviembre de 1602, puso una cláusula, que es la 59, en la cual favoreció tambien este á convento.

La iglesia de Santa Clara de Burgos consta de tres naves paralelas, de las cuales toma el coro no pequeña porcion. Las bóvedas del templo, que son ojivales y nerviosas, tienen desde los ápices á los arranques, mas altura que las columnas agrupadas y las impostas sobre las cuales cargan. Los intercolumnios son casi de igual dimension que la largura de los pilares. El ábside que se vé en nuestro dibujo adjunto; la portada exterior de esta iglesia; la sacristia y parte de las naves, perteneciendo al estilo ojival primario, manifiestan ser del tiempo de la fundacion del monumento: lo restante del templo parece de la reedificacion hecha por D. Juan de Salamanca y Polanco, á principios del siglo XVI: los arcos de la porteria, que en nuestro grabado se ven á la izquierda del espectador, así como otras obras pertenecen á épocas mas modernas.

La estrechez de las columnas de nuestro periódico no nos permiten detenernos como deseáramos, á dar algunas otras noticias acerca de este edificio. Terminaremos pues aquí, aunque con sentimiento, nuestra compendiada narracion, deseándole subsista mas largo tiempo del que parece permitirle nuestro actual orden de cosas.

MANUEL DE ASSAS.

La casa de Pero Hernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CONCLUSION DEL CAPITULO IV.

—A no ser que hablemos de muertos, continuó Diego, si lo de la boda no gusta.

—¿De muertos? de ninguna manera, exclamaron todos azorados.

—Es que vuelven á sonar las campanas, dijo el escudero, y el viento torna á embravecense tambien, y si la conversacion ha de tener el mérito de la oportunidad...

—Dios mio! Dios mio! exclamó Aldonza. Qué noche tan horrible! Yo me estoy muriendo de miedo.

—¿De miedo, contestó Diego Perez, hallándome yo á vuestro lado?

Y acercóse á la pobre niña, la cual se apretujó contra él, como para buscar un escudo contra el sobresalto que la poseía. El alcalde y su muger, sobrecegados de igual pavor, no echaron de ver sino á medias todo el interés de aquel lance.

—Por Cristo vivo, dijo el oficial, que si suenan otra vez las campanas, mi escudero tiene la culpa.

—Yo! ¿Y por qué?

—Porque os habeis chanceado á espensas del otro mundo, y queriais que hablásemos de muertos cuando nadie pensaba en tal cosa, y el cielo nos castiga por vos, sacándolos de sus tumbas. ¿Oyen vuestas mercedes, señores?

Y una cosa á manera de ventana hacia á lo lejos, *pim, pom*, y el viento pronunciaba otra cosa parecida á la *H* aspirada.

—*Pim, pom!* continuó el alferéz: la letra precisamente con que empieza el nombre fatal. *He! he! he!*, añadió, la otra letra... ¡la letra con que empieza el apellido!

—Magnífica observacion! dijo Diego: ¿con qué entre la ventana y el viento, dicen juntos los dos, *Pero-Hernandez?*

Y echóse á reir con tal gana, que por poco apagó el candil á impulsos de su mismo resuello.

—Canario! dijo entonces el alcalde. ¿Nos quedaremos otra vez á oscuras en esta situacion angustiosa?

Y alcanzó el candil de la chimenea, ansioso de evitar tal catástrofe, y colgóle con el mayor cuidado de un clavo que estaba en la pared, al lado del en que pendia el lazo que habia aprisionado á Gavilan. La mesa preparada para la cena estaba cabalmente hácia aquel sitio, y Diego creyó que el alcalde trasladaba el candil allí, para iluminar la bucólica.

—Bravisimo! exclamó: el señor alcalde da muestras de ser hombre que lo entiende. No hay receta contra los sustos como un pisolavis á tiempo. Vamos á cenar, Gavilan.

—Y sentóse á continuacion á la mesa, olvidándose ¡lo qué es el apetito! de la pobre y sensible Aldonza que tanto necesitaba de su apoyo para no dar en tierra consigo.

Los demas entre tanto no daban muestras de querer imitar á Diego.

—¿Qué demonios es eso? dijo este. Son cerca de las tres de la mañana y la cena dice comedme, y ninguno de vuestas mercedes piensa aun en llenar el baul?

—Sentarémonos, dijo el alcalde; pero yo por mi parte protesto que lo verificaré solamente por haceros compañía. No tengo maldita la gana.

—Ni yo, prosiguió la alcaldesa.

—Ni nosotros, dijeron los demas; pero nos sentaremos en buen hora solo por imitar al alcalde.

Y sentáronse en efecto los cinco al lado del valiente escudero, seguros de tener menos miedo cuanto menos se alejasen de él, siendo escusado decir que no seria la azorada Aldonza la que menos se le acercaria. La criada tambien se aproximó y sirvió temblando la cena.

—Eh! señores, exclamó Diego, dejemos tristezas á un lado. Opongamos el ruido de los dientes al de las campanas y el viento, y cuanto mas masqueemos, mejor.

Exortacion escusada! Los únicos que hincaron el

diente fueron Gavilan y su amo, salvo Aldonza que á fuerza de ruegos probó un insignificante bocado, y ese por ofrecérselo Diego.

—Pero al menos, exclamó este, ¿no echarán vuestras mercedes un trago?

—Oh! lo que es un trago, eso sí, contestó el oficial y echóse todo un vaso al colete, y otro y otro vaso, despues.

Ello será recurso de cobardes, pero como decia Diego Perez, no hay receta para los sustos como un pisolavis á tiempo.

Los demas bebieron tambien, hasta Aldonza que hasta aquella ocasion ni una sola vez habia probado el vino. Diego que como buen militar era aficionado á la vid, fué el único que entonces bebió agua, cual si tuviera algun presentimiento de que no convenia otra cosa.

Y no se engañó en su pronóstico, porque al medio cuarto de hora de haberse sentado á la mesa, oyóse en el tejado de la casa un ruido indefinible y siniestro, que obligó á Gavilan á dejarla cena, ahullando como un desesperado y encaminándose hácia la chimenea, con las muestras mas significativas de querer preparar al tejado introduciéndose por el cañon.

—Jesucristo! dijo el alcalde. ¿Qué significa ese ruido de arriba, y qué esos estremos del perro?

—Eh! no tengais cuidado, dijo Diego. Os he dicho que Gavilan descendiendo del gozquejo de San Roque, y le teneis ahí mirando arriba, implorando el favor de su abuelo.

—Por Dios y por todos los santos, exclamó el oficial temblando (no habia aun bebido lo bastante para no morir de miedo): por Dios y por todos los santos, ya os he dicho que no os chanceeis con las cosas del otro mundo. Gavilan no tiene que ver nada con el bendito perro á que aludís, y me parece mal que repitais esa chanzoneta otra vez.

Y echóse otro vaso al colete.

—¿Con que nada tiene que ver Gavilan con el perro de San Roque? exclamaron los demas azorados, duplicándose en ellos el pavor con que pocos momentos antes habian contemplado al pobre perro.

Diego no contestó á esta pregunta, porque cuando lo iba á verificar, oyó dentro de la casa unos pasos á la parte de la escalera, y tras ellos el ruido de los grillos que en la casa de Pero-Hernandez habia poco antes notado, y esto le obligó á diferir su contestacion, empuñando en su lugar la tizona por lo que pudiera tronar.

El oficial por su parte agarró la espada tambien, y de paso otro vaso de vino, embaulándose como los anteriores.

Los demás, escusado es decir que temblaban como la hoja en el árbol.

El ruido del tejado y el de la escalera continuaron por algunos momentos, y luego cesaron del todo.

Diego sacó la espada de la vaina como cosa de media cuarta.

A los tres ó cuatro minutos volvieron á sonar las cadenas, y tanto, que el ruido del tejado que comenzó á escucharse al mismo tiempo, fué casi absorbido del todo por el otro que le hacia el duo.

Diego metió en la vaina todo el trozo de espada que habia sacado.

Volvió el silencio á continuacion, y el acero del va-

hiente escudero tornó á mostrarse fuera casi todo.

Era esto á sazón que el oficial alargaba la mano al vaso por la sesta ó séptima vez, cuando asomó otra mano por la puerta, pero con tan extraordinaria rapidez, que no tuvo nuestro buen Diego Perez tiempo para impedir lo que hizo, que fué encaminarse derecha al rostro del pobre alferéz, descargando sobre él un bofetón de los que se llaman bien dados, y estrellándole el vaso en los hocicos. Esto y apagarse el candil, vino á ser todo una misma cosa.

—Ay! ay! ay! decía el alferéz, quejándose dolorosamente en medio de la oscuridad.

—Ay! ay! ay! exclamó el tío Ramon, á mi también me ha dado otro sopapo.

—Y á mi, y á mi, y á mi... dijeron casi á un tiempo el alcalde, la alcaldesa y la criada, respondiendo cada cual con su ay! ay! ay! á otro nuevo reparto de cachetes.

Aldonza y la tía Teresa no hablaban una sola palabra. Se habian desmayado las dos.

El perro no ahullaba tampoco.

Diego estaba que se daba á los diablos sin saber que partido tomar.

En esto se oyeron otros nuevos y desconsoladores lamentos en el cuarto inmediato á la cocina. Eran los chicos del tío Ramon que cansados poco antes de llorar, los habian acostado sus padres, y ahora disperaban diciendo que también les habian pegado.

Era aquello una algarabía, una babilonia, un infierno.

No sabiendo Diego qué hacerse, ocurrióle de pronto la idea de gritar: silencio, señores, y tiéndanse todos en tierra!

Esto dicho, encaminóse al hogar, y cogiendo un enorme tizon que estaba ardiendo envuelto en la ceniza, hizolo girar rápidamente por encima de su cabeza, describiendo con él un ancho círculo á manera de faja de fuego, con cuyo auxilio pudo, aunque débilmente, divisar entre la oscuridad el sér misterioso y siniestro que abofeteaba á los otros.

—Ah! ya le pillé, dijo para sí.

Y empezó á sacudir tizonazos hácia donde estaba el jayan.

Este no se arredró por su parte, antes bien pareció bufar de cólera y venir á buscar el tizon, en vez de evadir el encuentro.

—¿No huye? murmuró Diego entre dientes: pues por Dios y por la Virgen Maria, que voy á sacudirle de firme.

Y descargó sobre él tal cintarazo con su espada de nueva invención, que el desventurado oficial (pues él era y no otro el fantasma que estaba repartiendo bofetones) cayó á tierra cuan largo era, acabando con él el tizon lo que habia empezado el vino.

El nuevo y prolongado ay! ay! ay! que nuestro alferéz exhaló al caer, hizo á Diego dar en la cuenta de la causa de aquella algarabía, á lo menos en una buena parte.

—¿Erais vos? exclamó: ¿voto á brios? ¿Pues por qué no os tendisteis en tierra cuando yo lo previne á todo el mundo?

El oficial seguía quejándose de la mas lastimosa manera, prueba indubitable, inconcusa, de que el tizon habia hecho algo, causándole un efecto superior al de los vapores del vino. Diego quiso salir de dudas,

y empezó á soplar el tizon á fin de encender el candil, mas fué diligencia escusada, porque este se encendió por sí propio, sin necesidad de tocarlo. Todo lo que pasaba aquella noche era cosa de brujería.

(Continuará).

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

CRITICA LITERARIA.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

por D. F. Navarro Villoslada.

Si es siempre sabrosa tarea dar á conocer las nuevas producciones que por su mérito vienen á aumentar el número de las joyas con que se honra la literatura nacional, crece nuestra satisfaccion cuando se nos presenta motivo para ocuparnos de alguna novela original, que aparezca en medio de ese farrago inmenso de traducciones descuidadas de malos originales, que arrojan las prensas todos los dias para viciar nuestro idioma no menos que nuestras costumbres. Hallámonos hoy en este caso, al tomar la pluma para decir dos palabras acerca de Doña Blanca de Navarra, crónica del siglo XV, que acaba de dar á luz el estudioso y apreciable escritor D. Francisco Navarro Villoslada.

Mucho sentimos que el reducido espacio que tenemos á nuestra disposicion, nos prive del placer de consignar las agradables impresiones que la lectura de esta bellísima novela ha producido en nosotros. Distinguese principalmente por lo castizo del lenguaje, la propiedad de dición y la gala y hermosura del estilo. El argumento, aunque sencillo, está hábilmente desenvuelto y crece progresivamente en interés, caminando á un desenlace natural. En los diálogos hay una verdad y un sabor á la época en que pasa la accion que el lector cree oír hablar á aquellos personajes, cuyos caracteres están tambien delineados y sostenidos. Todas las descripciones son propias, oportunas y muchas de ellas brillantes y llenas de bellezas. La novela en fin, abunda en cuadros de hermoso colorido, en situaciones que cautivan la atencion del lector. Despues que la prensa toda ha examinado y elogiado justamente la nueva produccion de nuestro amigo el señor Villoslada, nada nos queda que añadir, á no ser para unir nuestra voz á la de los que desean que este laborioso escritor, siga enriqueciendo la literatura española con los frutos de su ingenio.

CRONICA.

*. Distinguese en la actualidad el teatro del Museo por los laudables esfuerzos que hace para agradar al público: en él se ha estrenado la comedia titulada *Aventuras de un paje*, que ha merecido extraordinarios aplausos, debidos en gran parte al buen desempeño; esmeráronse todos los actores, mereciendo especial mencion los señores Hermosa, Olivet y Oltra. Tambien se ha puesto en escena un drama de los Señores Montemar, Santana y Brabo, titulado *El Dos de Mayo*, cuyo argumento está tomado de

los famosos sucesos ocurridos en Madrid en 1808. No obstante las dificultades que ofrecía el asunto, sus autores han sacado buen partido de él, habiendo merecido que el público los llamara á la escena. La ejecución fué muy esmerada y la empresa merece nuestros elogios por la propiedad y lujo con que ha presentado esta producción.

En el Instituto se ha puesto en escena *El marido de mi muger*, comedia que fué detestablemente ejecutada; cuenta este teatro con algunos actores buenos, pero hay en cambio otros que quitan toda esperanza de oír por entero una representación de un modo tolerable. Si la empresa quiere agradar al público debe reemplazar varios individuos que forman parte de la compañía á fin de conseguir alguna igualdad en la ejecución de las funciones, de otro modo ni las piezas andaluzas que parecen ser en las que confía su salvación, conseguirán atraer gente al teatro de la calle de las Urosas. En la misma noche se representó una titulada *El torero de Madrid* que aconsejamos á nuestros lectores no se tomen la molestia de ver, porque carece de interés.

El teatro de Variedades ha ofrecido dos novedades dramáticas, *Los dos maridos* y *El usurero*, que si no tienen nada de notable lograron por lo menos divertir á los espectadores. La ejecución fué buena.

En el Circo se ha reproducido el *Hernani* en el cual hizo su primera salida el señor Barbieri, tenor que no obstante su encogimiento fué acogido desde el prime acto con prolongados aplausos: posee una voz dulce y un método de canto bastante bueno, lástima que no tenga seguridad y soltura en la escena; los demas cantantes estuvieron poco felices; de desear es que es-

te coliseo presente artistas y novedades para que no esté tan desierto y triste.

En la noche del martes asistimos al teatro de la Cruz, cuya compañía, despues de varios contratiempos, ha vuelto á dar principio á las funciones líricas con la ópera *Hernani*, que obtuvo un éxito brillante. La señora Villó estuvo admirable y los señores Carrion y Asoni muy superiores á otras noches. El público aplaudió repetidas veces á estos artistas.

Se ha repartido el cuarto euaderno del tomo tercero del SIGLO PINTORESCO; contiene los articulos siguientes: Biografía, Erasmo de Rotterdam, por D. A. Fernandez de los Rios. Viajes, Florencia, por D. J. Heriberto Garcia de Quevedo. El ahorcado de palo, por D. G. Tejado. Novelas, Una muger misteriosa, por D. R. de Navarrete. Cuentos, El amor de una muger, por Don A. Fernandez de los Rios. Miragaya, tradicion portuguesa, por D. I. Gil. Revista mensual, por D. A. Fernandez de los Rios.

Entre otros artículos interesantes que contendrá el próximo número, se cuenta una larga sátira, nueva é inédita, del señor D. Manuel Breton de los Herreros, titulada, *El anónimo*.

ADVERTENCIA.

Habiéndose suscitado algunas dudas relativas al modo de entender la rebaja que hacemos á los suscritores de la HISTORIA DE INGLATERRA, que lo sean al SIGLO Y SEMANARIO, diremos; que el precio de los cuadernos es tres reales, y solo dos para los que acrediten estar abonados por un año á los dos indicados periódicos, ó á todas las obras de la SEMANA PINTORESCA.

PELIGROS DE MADRID.



La limpieza de la Corte.

Madrid 1847.—Imprenta y Establecimiento de Grabado de D. Baltasar Gonzalez, calle de Hortaleza, núm. 89.